

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La Imaginacion, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—Los Cruzados, por Carlota.—La verdadera belleza [continuacion], por don Felipe Guzman.—GRABADOS: *Marsella*.—*El Cruzado*.
LAMINA: *Pliego de Dibujos*.

EDUCACION MORAL.

LA IMAGINACION.



AS facultades de que nos hemos ocupado en los anteriores artículos no dan motivo á contradiccion alguna, porque todo ejercicio inocente que tienda á fortificar la atencion, el razonamiento y la memoria, es útil y conveniente, y pueden los niños y los padres entregarse sin escrúpulo á su desenvolvimiento, pero al tratarse de la imaginacion, todo es ya mas delicado y mas peligroso, exigiendo por consecuencia un tacto mas esquisito de parte de unos, y un cuidado especial de parte de otros.

Hay que contener, reglar, moderar, y frecuentemente desenvolver la imaginacion, y para ello hay que examinar lo que es aceptable y temible en la vida humana, con relacion á cada edad.

La imaginacion, esa facultad que tanto distingue á muchos, suele ser siempre poderosa. Empieza por decidir de todo, y decidir mal, cuidando especialmente de suscitar fuerzas contrarias. De aquí el peligro de que la niñez y la juventud se dejen llevar de los impulsos de su imaginacion, porque arrastradas por ella, se suelen ver precipitadas, y no tendrán fuerza para contenerse.

No es fácil, en verdad, la tarea, máxime si se considera la importancia que se da á la imaginacion, uno de los mayores adornos del espíritu, por la superioridad que ejerce en el trato social. Pero no podemos, ni debemos considerar siempre á la imagi-

nacion como una Musa coronada de flores y animada de un delicioso delirio, así como tampoco armada de puñales y persiguiendo á su víctima: veámosla solo como una facultad necesaria, íntimamente ligada al sistema de nuestra organizacion.

En su menor grado de desenvolvimiento, la imaginacion se confunde con ese poder de trazar los objetos ausentes, que se llama la memoria representativa; mas se distingue bien pronto por el don de variar sus cuadros, de combinar los elementos de lo que ya ha existido para ofrecer á las miradas del espíritu lo que no existe. Así se pone en relacion con el porvenir, y es el manantial de la esperanza. Cada uno de los sentimientos que obran en nuestro corazon, nos parecen, en virtud de su poder, corresponder á ciertos objetos destinados á satisfacerle. Obramos esperando esos objetos, y su posesion anticipada nos encanta con antelacion. Suprímase la imaginacion, y véase cuál seria entonces nuestro estado moral. Incapaces de preveer, del placer de ejecutar nuestros proyectos, y del bien y satisfaccion que resulta de su éxito, permaneceriamos estacionarios, ociosos, no tendríamos razon de obrar, y se entumecerian nuestras fuerzas. Por esto la niñez está siempre en movimiento, en agitacion constante, porque su físico no puede menos de responder á lo inquieto de su imaginacion.

Afortunadamente nadie carece de imaginacion bajo este punto de vista, aun cuando es frecuente verla en algunos lánguida é inactiva; y esto es un mal aun cuando no sea efecto de enfermedad física. El resultado es la indolencia, el enojo, la falta de interés en la vida, el sufrimiento. Estos seres nacen viejos, si así puede decirse, y cuando llega la verdadera vejez es triste, abrumadora, y despojada de todo atractivo. Y como no falta siempre el sentimiento á los seres privados de imaginacion, y el poder de

asociarse á las ideas es débil; entonces sienten angustias, sus sentimientos tristes son sin fruto, y ni gozan de un momento de distraccion. Se les crée egoistas, y por lo general, no lo son: solamente no saben trasportarse á la situacion de otros, y cuando se logra impresionarles, se descubre que no son incapaces de sacrificios.

Si tal inmovilidad de espíritu no condenase mas que á la pérdida de cosas frívolas, fácil era el partido que habia que tomar. Quizá en un siglo donde cada uno razona, donde se encamina á los hijos hácia un objeto positivo, se les prive voluntariamente de una facultad intratable y versátil, que, en las quimeras de que dispone le forja frecuentemente una ventura inútil. Pero ¿qué hacer, si en este mundo, sin imaginacion nada se hace? las vocaciones mas sólidas se llenan mal; los hombres de negocios no hacen adoptar sus planes; los médicos no inspiran confianza; los abogados no ganan sus pleitos; los profesores cansan y no tienen discípulos, y aun las personas sábias no adquieren en familia ningun ascendente, porque no producen efecto cuando hablan y á veces cuando escriben.

Los niños desnudos de imaginacion, no son los mas malos de todos, pero si los mas desagrables. Con ellos es insuperable la dificultad general de la instruccion. Entregados al egoismo natural de su edad, carecen de gracia y alegría. Si la ausencia de nobles intereses los hacen accesibles á los placeres de los sentidos, no se puede sin embargo proponérselos por recompenza: no se sabe como tratarles, y cuando por ventura conciben un deseo, su voluntad, como una masa compacta, se dirige entera á un solo objeto.

Compréndase, pues, que la imaginacion llena un destino importante en nuestra alma, que no es únicamente la *loca de la casa*, y pues que no podemos echarla de casa, y hay que consentirla y vivir con ella, tratemos de ver como debemos conducirla, sin detenernos en la cuestion ociosa de saber si el exceso es mas perjudicial que la falta, y vayamos derechos á lo mas importante examinando la influencia que puede tener la educacion sobre esta facultad.

A. PIRALA.



CARTAS FAMILIARES.

XVIII.

De Enriqueta á la Abuela.

—Hoy te toca á tí hablar, querido Jorge, ¿qué traes para nuestra sala?

—Quisiera tratar de los cuadros, dijo el niño fijando en mí su ardiente mirada. El salon de mi padrino Cárlos está todo cubierto de magníficas pinturas, y en mi concepto no hay ningun adorno tan bello, ni que comunique á las habitaciones tanta severidad y grandeza.

He estudiado mucho mi asunto: no sé si sabré espresar bien las ideas que he adquirido.

Jorge es un niño especial; un niño de catorce años con la inteligencia y la reflexion del hombre: su bella y movable fisonomía revela un alma sensible y apasionada, una imaginacion ardiente y entusiasta. Su elocuencia es fácil y llena de vivacidad y de encanto.

A veces tiemblo al verle junto á María, al ver el embeleso con que ella le escucha y le contempla!

Preciso es prevenir estas pasiones prematuras, cortar estas novelas infantiles, que luego suelen dar amargos frutos!

Jorge empezó así:

—Si el recuerdo de mi pobre padre no me obligase á ser ingeniero, quisiera ser pintor!... ¡Oh, cuán grande será el placer que experimente el que consiga arrancar sus secretos á la naturaleza, al cielo, al mar, y trasladar al lienzo los mágicos paisajes que arroban nuestra vista, y nos sumergen en un piélago de desconocidas delicias!...

¡Si yo pudiese pintar con exactitud las casitas agrupadas de mi pueblo, su alto campanario, y el escarpado monte en donde abre la mina su anchurosa boca!...

Jorge se tornó muy pálido al decir estas palabras, apartó los cabellos que cubrian su frente, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

María cogió una de sus manos.

—No pienses en eso, dijo con su voz dulcísima, no llores, Jorge, no llores!

Pero la escitacion producida por lo que iba á hacer le habia conmovido estrañamente. Quiso hablar, y los sollozos aprisionaron la voz en su garganta.

—Tranquilízate exclamé, yo empezaré por tí!

Y empezó en efecto, sabiendo apenas lo que decía.

El primer dibujo que trazó sin duda la mano del hombre, fué el perfil de las sombras, que los diver-

los objetos proyectaban sobre el suelo. La historia cita á Ardiceo de Corinto, y Teléfano de Siciona, como los dos primeros artistas que cultivaron la pintura; pintura informe, que solo consistia en el claro oscuro.

Con el tiempo dió nuevo realce al dibujo la aplicación de los colores; pero la perspectiva fué poco conocida de los antiguos, y todavía no lo es entre algunos pueblos modernos, como los Egipcios y los Chinos, que trazan sus cuadros sobre un solo plano.

A pesar de esto, la antigüedad produjo obras maestras y pintores célebres, sobretudo en la Grecia, en donde brillaron Teuxis, Pánfilo y el divino Apeles; pero no habian descubierto el medio de dar persistencia á los colores, y sus obras portentosas, que no fueron destruidas en la invasion de los Bárbaros, cedieron al influjo del inflexible tiempo.

Entonces la pintura, como todas las demas artes se refugió en los claustros, y empezaron á florecer aquellos célebres miniaturistas, origen y fundamento del apojeio á que despues se elevó este divino arte.

Las miniaturas son notables por su trabajo delicadísimo, practicado sobre cuadritos de márfil de pequeñas dimensiones; las que se ejecutan sobre el pergamino ó el papel, se llaman acuarelas.

Este género de pintura exige una perfeccion estremada, y constituyó la ocupacion constante y predilecta de los Benedictinos y otros Monjes, que ilustraban con preciosas viñetas los sagrados libros.

Hácia el siglo VI, Casiodoro, antiguo ministro de un rey godo, instituyó en las Abadías, fundadas por él en la Calabria, inmensos laboratorios para los miniaturistas, y los mismos monjes dieron á la pintura su aplicación mas sublime, inventando esos magníficos vidrios pintados, que son el mas resplandeciente adorno de nuestros templos cristianos.

Esta invencion les fué sin duda inspirada por los bellísimos mosaicos, con que los romanos adornaban el pavimento, las paredes y el techo de sus edificios, y examinando de cerca uno de esos vidrios, no se sabe que admirar mas, si la infinidad de pedacitos que ha sido preciso cortar y unir con tanta paciencia como arte, ó la solidez que les prestan las muescas de plomo, y los marcos de hierro que sostienen los inmensos cuarterones.

Al principio no dominaba idea ninguna en esta clase de pintura, pero en el siglo XIV, se empezó á perfeccionar su dibujo, y las figuras tomaron proporciones colosales.

A las de los santos, se añadieron las de los donadores de los vidrios, y como en las acciones humanas siempre entra por algo la vanidad, éstos se hicieron representar con sus soberbias armaduras, ó los útiles de sus oficios. Otras veces se representaban pasajes de la sagrada Escritura, copiados de los

diseños de Rafael, Miguel Angel y Julio Romano, con tanta precision, con tan bello colorido, que producian un efecto maravilloso.

Pero sucedió con este arte, como con todas las cosas de la tierra: nació, llegó á su apogeo, murió!

Se habian necesitado cuatro siglos para perfeccionarlo y un instante bastó á destruirlo. La abundancia de pintores acarreó su ruina, llegando al estremo de que en los mercados de los pueblos se vendiesen magníficos vidrios entre el hierro viejo, y hasta se perdió el secreto de su composicion, siendo vanos los trabajos que llevan á cabo en el dia los ingleses y franceses para encontrarlo de nuevo.

Lo que contribuyó á su pronta decadencia fué el descubrimiento que hizo Juan de Brujes de la pintura al óleo.

Los antiguos se servian para remojar sus colores y colarlos del agua ó la clara de huevo; Juan de Brujes empleó para ello los aceites secativos, como el de lino y el de nuez; es decir, que se secan fácilmente espuestos al aire, y por este procedimiento sencillo comunicó á sus cuadros colores tan permanentes que resisten á la accion del tiempo.

Entonces las pinturas al fresco, que son las que se practican sobre las paredes, preparadas con un baño de arena y cal, todavía fresca, y las que se ejecutaban sobre madera perdieron toda su importancia, cediendo su lugar á las que se trazan sobre el lienzo, enaltecidas por los mágicos pinceles de Rafael y Miguel Angel.

En el dia está muy en boga otra clase de pintura, que se llama al pastel, y fué inventada por un alemán, á mediados del siglo XVII. Su procedimiento es muy sencillo: se hace con lapices artificiales de varios colores, empastándolos con la yema del dedo.

Reasumamos: la pintura es el arte de imitar todos los objetos visibles, y de hacerlos parecer de relieve por medio del dibujo, del claro oscuro y del colorido, y se divide en tres clases principales: la de historia, que tiene por objeto retratar á los grandes hombres, reproducir hechos heróicos, trágicos, mitológicos ó alegóricos: la de género, que comprende todos los asuntos graciosos y de fantasía, y el paisaje, histórico, campestre ó de género.

Habla tú ahora, mi querido Jorje.

—La Italia, exclamó el niño con su habitual entusiasmo, la Italia, cuna de las artes, lo es tambien de la pintura. Los admirables paisajes de sus campiñas, los bellos cambiantes de su cielo, inflamaron las imaginaciones de sus hijos, haciéndoles trazar esos cuadros portentosos que excitan nuestro asombro, y formarán el asombro de los futuros siglos.

Los diferentes géneros de pintura se denominan escuelas, y las principales son nueve: Florentina, Romana, Veneciana, Flamenca, Alemana, Holandesa, Francesa, Inglesa y Española.

salvar las de sus compatriotas en el famoso sitio de Calais, y otros muchos que se encuentran en las historias de todos los países; mas el mérito y la gloria de todos ellos se oscurece ante la de los Cruzados; aquellos generosos héroes de la Edad Media, cuya fé religiosa, cuyo valor y extraordinarias proezas han immortalizado el sublime poema que han escrito con su sangre. A la voz elocuente y persuasiva del Papa Urbano II los pueblos se entusiasman y los nobles se reúnen, é impacientes por sacrificar sus vidas en



[El Cruzado.

defensa de la religion católica, lo abandonan todo, patria, familia, amigos, para marchar á una tierra estrajera y lejana á perecer probablemente bajo la cimitarra del mahometano, ó á la influencia del clima abrasador del Asia.

Y si la Cruzada de los Caballeros excita nuestra admiracion, cuánto mas debe excitarla la del pueblo! Porque al fin los nobles tenian medios de hacer pagar caras sus vidas, de hacer tambien menos penosa su existencia; pero las gentes del pueblo, sin instruccion militar, sin disciplina, y desprovistas de todo género de auxilios materiales, no contaban sino con la divina Providencia. Conducidas por Pedro el Ermitaño, se aventuran á penetrar en países desconocidos é inhospitalarios, á la par que terribles por la proverbial fiereza de sus habitantes: los jóvenes se

disponen al combate, animándoles los ancianos, las mujeres y aun los niños, que les acompañan, dispuestos á su vez á verter su sangre por la gloria de Nuestro Señor Jesucristo; siendo el único deseo de aquellos soldados de la Religion llegar á ver el Santo Sepulcro del Hijo de Dios, y conquistar aquellos venerables sitios santificados con su presencia adorable, y donde les parecia poder percibir aun el eco misterioso de la palabra divina.

Es imposible á un corazon sensible no conmoverse leyendo el relato de los hechos y de la fé sencilla y tierna de aquellas pobres gentes, que dejaban desiertos sus hogares, y se lanzaban á una empresa tan peligrosa, acompañadas hasta de sus pequeños hijos, quienes en su peregrinacion preguntaban candorosamente si era Jerusalem cada aldea y cada casa que descubrian en el horizonte.

Triste es decirlo, aquellos valerosos Cruzados no tuvieron el consuelo de entrar en la Ciudad Eterna, y en vez de adorar en ella el Sagrado Sepulcro, fueron á adorar al mismo Dios por toda la eternidad, en premio de su generoso sacrificio. Las Cruzadas siguientes fueron mas afortunadas, legándonos magníficos rasgos de heroismo y de abnegacion, y sobre todo, pruebas relevantes de una fé ardiente, digna de la admiracion de los siglos:

CARLOTA.

LA VERDADERA BELLEZA.

Continuacion.

Teresa era desgraciadilla, y sin embargo llevaba con tanto gusto su vestido de percal ó de lana, se peinaba con tanta gracia, era tan modesta, y en su semblante habia tanta dulzura, que desde luego era lo que se dice una jóven simpática.

Y luego hacian un grupo tan encantador, tan religioso, tan poético, aquel pobre ciego con su hija del brazo!

Y no creáis que voy á caer en el escollo que al principio trataba de evitar; en el rostro de Teresa no residia la hermosura, pero si descansaba la belleza.

Esto no es una paradoja. No todas las mujeres hermosas son bellas, ni todas las bellas son hermosas.

Y si no, cuántas veces vemos un rostro perfecto, hermoso, y al mismo tiempo hallamos una frialdad que nos hace exclamar: ¡No me hace gracia! Es porque para hallar bella á una persona es preciso que veamos en su semblante algo que no vemos en una estatua, el reflejo de todos esos sentimientos que ex-

citan nuestras simpatías; es porque estos sentimientos que en el rostro constituyen una belleza pueden también reflejarse en un semblante menos perfecto, y de aquí tantos y tantos rostros, que como se dice comunmente, de cerca no tienen nada de particular, y á pesar de eso nos son tan simpáticos! ¡Y quién sabe si esos sentimientos no son todos los que nosotros interpretamos por de honradez, hidalguía, bondad y virtud!

¡Acaso son otras tantas virtudes del alma que se reflejan en el semblante!

Y en este sentido queda admitido como verdadero el principio que ha encabezado este cuento.

Y á propósito, ya nos olvidábamos de él.

Queda convenido que Teresa á pesar de todo era una jóven graciosa y simpática.

VI.

Era una tarde de otoño.

El padre de Teresa había querido ir á pasear como otras muchas veces hacía la ermita de Santa Lucia.

Al salir de casa el cielo estaba despejado, á poco se cubrió de nubes, como suele acontecer en semejante estación.

Al volver de la ermita se dejó sentir el huracan, precursor de la tempestad.

El ciego había apresurado cuanto había podido su paso, ¡pero podía tan poco!

Había visto un día, y como otros muchos que se hallan en su caso, no perdió en su vida aquel temor natural en el que ha podido una vez correr por sí solo, y de repente se vé rodeado de obstáculos. ¡La oscuridad!

Por eso Teresa veía la tempestad que se le acercaba, y nada podía hacer porque estaban en un despoblado.

Brilló el relámpago, sonó el estampido del trueno, rompió una inmensa lluvia, y Teresa, afligida por su padre, tuvo que ponerse al abrigo de un árbol.

La soledad les rodeaba y la noche se acercaba.

Y ellos, mudos en el exterior, elocuentes en el interior, invocaban al Dios de los vientos y de los mares.

Dos ginetes los hallaron en aquella situación suplicante. Viniendo de una posesión cercana les había cogido la tempestad. Pasaban al galope, y no pudieron menos de detenerse á contemplar aquel grupo aislado en la inmensa llanura.

Apeóse el mas jóven, vió á la niña y al anciano, y acercóse al otro con respeto.

—Padre, le dijo, son una jóven y un anciano, podríamos llevarlos en nuestras cabalgaduras.

—Ya bajo para disponerlo lo mejor posible, contestó el padre.

—¡Ah, señores, gracias! el cielo nos ha oído, contestó Teresa; mi padre es ciego, acaso hubiéramos tenido que pasar aquí la noche.

Y Teresa lloraba, agradecida.

El jóven Fidel quiso encargarse del anciano. Don José, su padre, ayudó á subir á Teresa á su caballo.

Así dispuestos tomaron el camino de la ciudad.

Mientras ellos van en su dirección, daremos algunos ligeros antecedentes acerca de nuestros nuevos personajes.

VII.

D. José era un labrador de una regular fortuna, que tenía de su propiedad doce yuntas trabajando todo el año en sus heredades.

Por esto, y por su carácter generalmente protector era conocido y querido de todos, principalmente de los pobres.

Doña Elena, modelo de esposas, era tan buena como él, y no la que menos parte tomaba en sus caridades.

Su hijo Fidel, jóven de unos diez y ocho años, parecía seguir la senda de honradez é hidalguía que le habían señalado sus padres.

Aquella pequeña familia era un nido de palomas donde posaba la felicidad.

Y no porque Dios no les hubiera dado su cruz como á todos los hombres. También D. José y doña Elena habían pasado por pérdidas de intereses, por disgustos de familia, por muerte de personas queridas; pero tenían fé en el Padre celestial que aflige á sus hijos y nunca los desampara, y esperaban de él su recompensa, y además su corazón caritativo, generoso, que solo practicaba el bien, conservaba siempre esa calma, esa tranquilidad, esa grandeza, patrimonio exclusivo de las almas puras en las situaciones mas atribuladas de la vida.

Es que hay mas felicidad en un alma serena, mas verdadero placer en un corazón generoso, mas alegría en una conciencia tranquila, que se puede tener jamás con todos los diamantes, con todo el oro, con toda la seda y con todas las riquezas del mundo.

Pero, ¡Señor! nuestro pobre corazón es débil, y muchas veces se deja arrastrar por el brillo exterior de los goces mundanos, y después volvemos á tí desengañados, con la amargura en los labios, las lágrimas en los ojos y la esperanza en el corazón! ¡Y tú, padre misericordioso y bueno nos abres los brazos, nos concedes la paz del alma y nos perdonas!

Y feliz del huérfano, del anciano, de la viuda, del pobre, del desgraciado, que en su dolor te invoque; feliz mil veces el que en el colmo del desamparo se

acuerde de tí, porque no tardará en hallar alivio en sus males y consuelo en sus aflicciones!

Aquel pobre ciego y su joven hija, que hacia tanto tiempo invocaban el auxilio del cielo, no tardaron en conseguirlo.

Cuando llegaron á la casa de D. José, los esperaba doña Elena ante una imagen de la Santísima Virgen, porque su tardanza la tenia con cuidado.

Recibió á los de casa y á sus huéspedes con la amabilidad y regocijo que la eran naturales, hizo que todos cambiasen sus vestidos mojados por otros que sacó secos y abrigados; á Teresa la vistió con un traje suyo, y despues que hubo atendido así á los primeros cuidados, hizo preparar una abundante cena para honrar á sus huéspedes.

El ciego Jorge lloraba de gratitud; Teresa quiso ayudar á doña Elena en los quehaceres domésticos; consintió doña Elena de buena voluntad, pero solo como prueba de franqueza y por poco rato; porque doña Elena tenia criados, á quienes encomendó todas sus disposiciones: volviendo con ella adonde todos se hallaban para saber de qué manera habia llegado á tener el placer de conocer á sus huéspedes.

Durante la cena, y despues de ella, el ciego á ruego de D. José y doña Elena refirió la vida que llevaba con su hija, historia que no costó pocas lágrimas á aquella bienaventurada familia.

Teresa, que no solia llorar á menudo, lloraba tambien entonces, pero no con ese lloro tan feo que tienen algunas chicas, porque cuando su padre contaba alguna de sus acciones virtuosas, se sonreia; y como al mismo tiempo enternecia la relacion, se la arrasaban los ojos de lágrimas, presentando un dulce aspecto entre risueño y lloroso semejante al cielo cuando llueve y hace sol.

Doña Elena crecia en su asombro al contemplar aquella niña tan joven, tan virtuosa y tan alegre en medio de semejante posicion!

Por la noche; cuando el cielo estaba ya sereno, Teresa se despidió con su padre, y se retiraron á su pobre habitacion.

Desde aquel dia no cesó doña Elena en pensar en Jorge y su hija.

Todos los domingos por la tarde iba ésta con su padre á casa de D. José, y allí pasaban con doña Elena sus ratos mas felices. Ésta por su parte la queria como á una hija.

Segun fué estrechándose la amistad entre ambas familias, las visitas fueron mas frecuentes; doña Elena quiso á todo trance mejorar la suerte de Teresa, y la proporcionó varias labores suyas y de sus amigas, que le dejaban siempre mas utilidad que las camisas de tienda, que hasta entonces se habia visto obligada á coser.

(Se continuará.)

FELIPE GUZMAN.

CONSEJOS Á LAS MADRES.

La primera regla que debeis observar, respecto á vuestros hijos, es no darles jamas malos ejemplos en acciones ni en palabras.

Las primeras impresiones que recibe la infancia son los primeros elementos que forman el carácter bueno ó malo del niño.

Un niño nunca debe ser testigo de las contestaciones que su padre y madre tengan entre sí, y mucho menos aun de sus querellas.

El niño tiene innato el sentimiento de la justicia, si lo castigais injustamente lo desmoralizais.

Lo que uno tenga derecho á obtener, no lo concedais á otro.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Cenefa* para enagua, encima del jareton, bordada á *punto ruso* con negro y con cordon blanco y ojetes.
- NUM. 2. *Canesú* para camisa de mujer, bordado á *feston*, *minuto* ó *inglesa*.
- NUM. 3. *Manga* correspondiente.
- NUM. 4. *Cenefa* al *pasado* y la *inglesa* para enagua sobre el jareton.
- NUM. 5. *Costadillo* de gorra, bordada en piqué con *trencilla*, para recién nacido.
- NUM. 6. *Centro* de la misma.
- NUM. 7. *Pañuelo* bordado á *plumetis*, *feston* y *punto de armas* ó *arenilla*.
- NUM. 8. *Cenefa* para camisa ó pantalones, bordada al *minuto* y la *inglesa*.
- NUM. 9. *Pañuelo* rico bordado á *plumetis*, *arenilla* y *calados* en los centros de las flores: estos pueden reemplazarse por aplicacion de tul.
- NUMS. 10 y 11. *Cifras* bordadas á *plumetis*.
- NUM. 12. *Idem*, á *feston* y *ojetes*.
- NUMS. 13 y 14. *Cifras* para bordarlas con canutillo de oro sobre batista; bordado de última novedad.
- NUMS. 15 y 16. *Cifra* y *nombre* bordados á *cordoncillo* y *arenilla* en el centro, ó *pasado*.
- NUM. 17. *Nombre*, bordado al *pasado*.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.